

dinario lujo y el favoritismo. Tales fenómenos no serán capaces de desorientar fácilmente á los hombres imparciales acerca de los resultados de las reformas de Pedro. Todo cambio brusco suele llevar consigo tales extravagancias: toda emancipacion encierra en su seno pasajeros peligros que trae la libertad conquistada, sin que por esto haya que dudar de las ventajas de la última en lo esencial. La culta sociedad de la Europa occidental, que se tomó por modelo en Rusia, tenía en sí algo de peligroso; pero el mundo de los salones fué de todos modos una escuela mejor que la lúgubre y húmeda atmósfera de los conventos en que habían vivido las damas anteriores á Pedro. Los cálidos y esplendentes rayos de la civilizacion occidental debían llegar por vez primera al cuerpo político y social de Rusia. Aun cuando en un principio permaneciese frio y oscuro el interior, se ganó muchísimo

con tal vivificacion de la parte externa: el trato con el Occidente no era ya excepcion ó casualidad como en las épocas anteriores. Las personas que dirigian la sociedad estuvieron en lo sucesivo bajo la influencia de las naciones mas adelantadas, como Inglaterra, Francia y Alemania, y estas personas directoras eran en parte las damas. Que bajo el reinado de Isabel prevaleciese la lengua francesa, que Catalina II, que era un genio, se instruyese en la clásica literatura de Francia y de Inglaterra, que los progresos de las ciencias políticas y sociales y de la vida intelectual del Occidente se propagasen por el vasto imperio, sobre todo durante el reinado de esta emperatriz, y que Alejandro I se educase en la escuela de Catalina II y con las ideas de Laharpe, todo esto, aun para nuestro siglo, fué resultado de las reformas iniciadas en la época de Pedro el Grande.

LIBRO SEXTO

CONCLUSION

CAPITULO PRIMERO

COLABORADORES

Uno de los mas entusiastas admiradores y correligionarios de Pedro, el campesino Possoschkoff, escribió á fines del reinado del Czar, en una memoria que trataba muchas cuestiones de reformas, «sobre la pobreza y la riqueza,» lo siguiente: «Nuestro monarca camina montaña arriba con unos diez hombres; pero millones caminan montaña abajo: ¿cómo saldrá adelante con su empresa?»

Muchos relatos de extranjeros referentes á la resistencia que los súbditos de Pedro opusieron á sus reformas nos demuestran que esta declaracion correspondia á la verdad: en su nacion no tuvo Pedro ningun colaborador: tan solo unos pocos fueron capaces de comprender en general el alcance de sus ideas; y en menor número eran los que deseaban que tales ideas tuviesen éxito. De lejos la inmensa mayoría estaba silenciosa y murmuraba por lo bajo. La «rivalidad» contra los extranjeros, el odio y la aversion contra la Europa del Occidente eran generales.

Las reformas que siguieron á la paz de Nystadt y que en cierto modo pusieron el sello á las innovaciones anteriores, podían únicamente consolidarse y experimentar un desarrollo ulterior, supuesta la vida del Czar, ó en caso de morir pronto, si lograba educar hasta dejarle en edad adulta á un ejército de colaboradores que pudiesen y quisiesen continuar en su sentido la obra reformista comenzada por Pedro. Verdad es que se habia hecho demasiado para que Rusia pudiera tan fácilmente convertirse de nuevo en un Estado asiático; pero á pesar de esto una reaccion no estaba fuera de lo posible. El inmediato porvenir de Rusia, que habia de seguir al reinado de Pedro, pendía de la solucion que se diese al problema de si habia una escuela de hombres de Estado, que en oposicion á los millones que «caminaban montaña abajo,» no rehuyesen el trabajo de trepar montaña arriba como lo hacia Pedro.

Esta escuela existía, y el problema estuvo resuelto cuando extranjeros como Gordon y Lefort, Winio, Ostermann y Münnich apoyaron la actividad de Pedro. Los dos últimos, Ostermann, ministro de negocios extranjeros durante muchos años, y Münnich, célebre general, trabajaron por espacio de quince años despues de la muerte de Pedro en el sostenimiento y consolidacion de la obra reformista llevada á cabo por aquel soberano. Rusia tiene que agradecer mucho á estos hombres, aunque como alemanes tenían cierto espíritu de partido. El odio á los extranjeros que imperaba en Rusia podia poner coto á su actividad sin perjuicio de la posibilidad de que hubiese unas vísperas sicilianas. La actividad de Münnich y de Ostermann tuvo al fin un desenlace violento.

Llegó el caso de que se encontraran en los círculos nacionales hombres que reunían á la vez penetracion, talento y

fuerza de voluntad para trabajar en lo sucesivo en la direccion dada por Pedro.

No faltaban en Rusia hombres de talento: Kurbatoff sostuvo polémicas con Pedro sobre las mas importantes cuestiones de reformas, sobre la abolicion del patriarcado, sobre la creacion de escuelas, reformas de los vestidos y sobre cuestiones de política exterior, de hacienda y de milicia; y su increíble actividad fué de gran provecho. Ukrainzeff fué de los que mas trabajaron en política exterior, prestando importantes servicios al Czar en la Pequeña Rusia, en Polonia y en Constantinopla; Makaroff demostró ser un buen canceller; Kurakin, Matweyeff, Tolstoi, Nepluyeff y Wolynsky se dieron á conocer como hábiles y entendidos diplomáticos. En asuntos industriales sobresalieron por lo inteligentes, laboriosos y aplicados los Stroganoff, los Demidoff, los Gontscharoff, los Ssolowieff y otros: hombres del pueblo como Ciriloff, Sserdyukoff, Possoschkoff y otros pusieron de relieve su habilidad y disposiciones dignas de admiracion y una extraordinaria adhesion á los principios del progreso político y social; todos estos pertenecían al pequeño grupo de los que caminaban con Pedro «montaña arriba,» pero á muy pocos de ellos les fué dado desplegar su actividad fuera del reinado de Pedro. Unos fueron víctimas de la intolerancia de sus compañeros, otros debieron su ruina á su propia avaricia y á su aficion á las intrigas. La carrera política ofrecía los mayores peligros; era una excepcion el que lanza en mano se alcanzase sosegada vejez en oficinas y cargos públicos. Las relaciones de estos hombres estaban sujetas á bruscos cambios de fortuna. En la rapidez con que se sucedían unas á otras, vemos á las mismas personas tan pronto en la opulencia como en la mayor pobreza; hoy en la intimidad del trono y mañana en el camino de los nevados campos de Siberia. A una fecunda actividad seguía la enervadora quietud del desierto. Ricos caudales de conocimientos adquiridos en los negocios y en una larga experiencia política yacían en la postracion, merced á aquellas catástrofes, segun resulta del fin desgraciado de Münnich, Ostermann, Tolstoi, Wolynsky, Menschikoff, etc.

Tan solo á unos pocos representantes de la escuela de Pedro les fué dado conservar por largo tiempo sus destinos: á este número pertenecieron Nepluyeff y Tatitschtscheff. Ya conocemos los primeros pasos de Nepluyeff: á continuacion de su viaje de estudios fué enviado á Constantinopla como diplomático. En su autobiografía ha reproducido algunas frases que le dirigió el Czar acerca de la idea del deber y sobre los servicios del Estado. En el relato de la muerte de Pedro cuenta Nepluyeff que trascurrió un día entero sin saber lo que le pasaba. «Este monarca, continúa, ha elevado nuestra patria al nivel de los demás Estados, y nos ha hecho comprender que tambien nosotros somos hombres; por do quiera que se dirija la mirada todo lo ha creado, y para todo lo que deba hacerse en lo porvenir es preciso acudir

á esta fuente.» Por espacio de muchos años estuvo Nepluyeff al servicio de Rusia como embajador en Turquía, como jefe de administración en la Pequeña Rusia, en el Ural, y como general en jefe de la nueva capital en los primeros años del reinado de Catalina II, y se titulaba á sí propio discípulo de Pedro el Grande.

También Tatischtscheff procedía de esta escuela y de ella era un modelo. Tenía de comun con Pedro los múltiples intereses, la viveza y energía en el trabajo; como él viajaba con frecuencia, estaba versado en los más variados ramos del saber, y excitando y alentando, era por un lado enteramente ruso y por otro accesible á la influencia de la civilización occidental; como Pedro estaba animado del sentimiento de su responsabilidad, era activo hasta lo indecible y animaba á los demás para que lo fuesen; sostuvo reyertas con muchos, y como autodidacto era á todo aficionado y estaba constantemente poseído de ardor y abnegación. Fué una ventaja para su obra histórica, el que este ilustre varón, que tan perfectamente conocía la vida práctica, desplegara su actividad en la diplomacia, en el ramo de minas, en hacienda y en la administración del Sudeste de Rusia, tan poblado de tribus medio salvajes, y que unas veces en la Siberia, otras en el extranjero, ora en la capital, ora en las estepas, observase y trabajase tanto, y finalmente apareciese en escena como el primer historiador del pueblo ruso.

Tatischtscheff tomó parte en la guerra del Norte, y entre otras en la toma de Narwa el año 1704. Causa una impresión particular el leer que como oficial ruso en la marcha de Kieff á la Moldavia el año 1711 eligiese los sitios que ofrecían mayor interés para la historia, entre otros la colina en que según la tradición se encuentra la tumba de Igor hijo de Rurik. Después de la campaña del Pruth en la que tomó parte, viajó por el extranjero, deteniéndose en Berlín, Breslau y Dresde, donde hizo estudios y compró muchos libros. Aun en nuestros días se halla en Yekaterimburgo (gobierno de Perm) una colección de libros de matemáticas, historia, geografía y ciencias estratégicas regalados por Tatischtscheff. Poseía el alemán con perfección y aventajaba en instrucción á muchos de sus contemporáneos. Una vez viajando por Polonia libertó á una mujer acusada de bruja que estaba condenada á muerte.

También aprovechó para la compra de libros destinados á su colección el viaje que hizo al Congreso de las islas de Aland en compañía del conde de Bruce. Poco tiempo después dirigió su interés á la geografía, en la cual se ocupaban también con predilección Pedro y Bruce. El Czar encomendó al conde la misión de escribir una geografía de Rusia, trabajo que éste confió al activo y diligente Tatischtscheff, el cual apenas tuvo tiempo de bosquejar una parte del plan, cuando otros asuntos del servicio interrumpieron su trabajo. Logró llamar la atención del Czar sobre la necesidad de medir con exactitud el país cuando se proyectó formar cartas geográficas de Rusia. Cuando Pedro emprendió su campaña contra Persia, recibió de Tatischtscheff, una «Crónica de Murom» para lectura de viajes.

En la época de Pedro todos debían saber de todo; y si Tatischtscheff estaba como cortado para geógrafo y agrimensor, también tuvo que entender de ingeniero de minas. En compañía del experimentado minero Blüher se encaminó á la cordillera del Ural, para buscar en ella sus filones metálicos: allí conoció los defectos de la administración y la opresión que los funcionarios ejercían sobre las tribus de la población no rusa; allí echó los cimientos de la ciudad de Yekaterimburgo, que tan célebre había de ser posteriormente en la historia de la explotación de minas en Rusia; allí trabajó por que se diese mejor trato á los baskirios y cuidó de que

se abriesen escuelas para educar al pueblo, aprendiendo él mismo el francés, valiéndose al efecto de una gramática que había comprado en las islas de Aland. Es muy de tener en cuenta para conocer al hombre, como para las cosas de su época, el hecho de que expuso á los labradores la necesidad en que se hallaban de enseñar á sus hijos á leer por lo menos, «para que no se dejaran engañar tan malamente por los escribanos.»

En los años de 1724-26 permaneció Tatischtscheff en Suecia, con objeto de estudiar los sistemas monetario y minero, reclutar técnicos para el servicio ruso, hacer que se instruyesen algunos jóvenes rusos en la artillería y en la náutica, y á la vez, según lo expresaba la instrucción que llevaba, «enterarse de la situación política de Suecia y de los trabajos é intenciones secretas del gobierno de aquel país.» En Suecia visitó detenidamente las minas y fábricas, coleccionó planos y dibujos de los establecimientos técnicos, examinó las construcciones de canales y esclusas nuevas y estudió el estado del comercio y sistema monetario de Suecia, con lo cual pensaba introducir en Rusia el sistema decimal de monedas, pesas y medidas. En Suecia vió á Strahlenberg, cuya obra sobre Rusia y Siberia leyó en manuscrito, y esto le animó á estudiar la geografía de la Siberia. Posteriormente, bajo el reinado de Ana, representó un papel importantísimo como jefe de todas las minas de Siberia y Perm, y después como «jefe de la expedición de Oremburgo» en la historia de la administración de estas regiones. Varias veces tuvo ocasión de dar consejos á los sabios que iban al Este con el fin de estudiar la Siberia (1).

Por la vida, los conocimientos, las tareas, los estudios y actividad de Tatischtscheff como escritor podemos juzgar el influjo de aquella época para estimular las individuales aspiraciones. Vemos las huellas de tal estímulo en los escritos de Possoschkoff, que se dirigió con proyectos de reformas de todo género á elevadísimas personas como Gollowin y Jaworsky y por último al mismo Czar. El que tenía penetración y capacidad para resolver las cuestiones de la época, tenía que aprender mucho por la observación del mecanismo gubernamental que influía tan poderosamente. Las innumerables leyes de reforma que fueron leídas al pueblo en las iglesias, tenían algo propio para educar, eran una verdadera enciclopedia. Si hombres como Possoschkoff el campesino y autodidacto, pudieron adquirir tan gran cúmulo de ideas con la observación de lo que tenían á la vista, cuánto más debían conseguir los que pertenecían á las altas clases sociales, estimuladas por el extranjero y merced á la participación en los asuntos de la guerra y de la diplomacia, y cuánto más aptos debían ser para la colaboración en la obra de reformas? En este caso se hallaban Tolstoi, Menschikoff y otros que podríamos citar.

Ya hemos hablado en otro lugar del diario de viajes del primero y de su actividad diplomática en el Oriente, en Viena, etc. Recibió espléndidos regalos, condecoraciones y bienes. Hasta la muerte de Pedro y algunos años después de ocurrida esta, representó Tolstoi un importantísimo papel en la vida política de Rusia: tomó parte muy activa en la elevación de Catalina al trono: en unión de Menschikoff y Apraxin se opuso á la idea de reservar á la viuda de Pedro el papel de regente, y puso fin á toda vacilación por medio de un discurso muy enérgico, en el cual, entre otras cosas, señaló el peligro de una guerra civil. El embajador francés Campredon nos da idea de su importancia en el principio del reinado de

(1) Véase sobre Tatischtscheff la excelente obra de Nilo Popoff, Tatischtscheff y su época, Moscú 1861, y también las disertaciones de Bertusheff Rjmins en la revista «La antigua y nueva Rusia,» 1875.

Catalina, con los siguientes términos: «Es el ministro plenipotenciario de la emperatriz; es su mano derecha, el hombre más sagaz de Rusia, etc.» A pesar de todo esto, sus adversarios le echaron abajo muy pronto y murió en el destierro. Varios de sus contemporáneos le han juzgado de un modo desfavorable. Pedro el Grande manifestó que Tolstoi era un hombre de gran capacidad en todos los ramos del saber, pero que en caso de tener que habérselas con él, convenía llevar una piedra en el bolsillo para poder romperle los dientes si trataba de morder. También se refirió posteriormente la anécdota de que Pedro en un banquete quitó la peluca á Tolstoi y dándole golpecitos en la calva, dijo: «Tu cabeza si no fuese tan sabia, hace tiempo hubiera sido cortada» (1).

Ninguno de todos los representantes de la escuela de Pedro estuvo tan próximo al Czar como Alejandro Danilowitz Menschikoff. Nadie tal vez como este pudo adaptarse al genio y dirección de Pedro: muchas veces desempeñaba el papel de bajá turco, y aparecía como una especie de gran visir oriental, siendo repulsivo por su egoísmo y avaricia; pero no se le puede negar inteligencia, laboriosidad y rapidez en la ejecución de su pensamiento, cualidades que tanto agradaban á Pedro, y el talento para acomodarse á cualquier negocio que se le confiase y para hacerse realmente útil.

Menschikoff al contrario de Tolstoi que procedía de antiguo linaje, se elevó de la nada, pues era hijo de un palafrenero. No es inverosímil que vendiese pasteles cuando era niño, como se ha referido mil veces.

Nació el mismo año que Pedro: distinguido por su belleza, habilidad y fuerza física, le gustaban el lujo y el aseo en el vestir. Su penetrante juicio, su animada expresión, su talento para conocer á los hombres, su temperamento y una extraordinaria habilidad, eran dotes muy á propósito para captarse las simpatías de Pedro, de quien fué uno de los compañeros de juventud. Durante el viaje de 1697-98 se distinguió por su facilidad en adquirir los más variados conocimientos técnicos.

Es digno de notar que en el trato de Pedro con Menschikoff, la mayor intimidad y cordialidad se interrumpían á veces por los arrebatos de cólera é indignación del Czar, ocasionados por el egoísmo y ambición de su favorito. En muchas cartas le llamaba Pedro «mi corazón,» «mi amigo,» «mi hijo del corazón,» «hijo de mi alma,» «mi querido camarada,» «mi querido hermano» y á continuación le solía amenazar con los más terribles castigos. Muchas anécdotas se han referido sobre estas crisis momentáneas en la vida amistosa de ambos; pero sea como quiera, el Czar le encomendó hasta su muerte los asuntos de mayor importancia, le confió los puestos más difíciles y le colmó de honores. En la guerra del Norte prestó Menschikoff al Czar servicios de grande importancia como general y como diplomático, y lo mismo en la crisis con Mazeppa en la Pequeña Rusia que en los asuntos de la administración militar. Fué el enemigo del incapaz Alejo como el duque de Alba lo fué de don Carlos. Cuando Pedro escribía á su hijo diciéndole: «Antes un extraño ó extranjero de talento que uno de la familia inepto,» pensaba quizá en Menschikoff, el cual en cierto sentido fué Czar de Rusia durante los dos años que siguieron á la muerte de Pedro. Pero la avaricia de Menschikoff sacaba de sus casillas al Czar. En Polonia y en la Pequeña Rusia se apoderó de muchos bienes de la manera más brutal; cuando Pedro lo supo se puso furioso, pero Catalina que era benévola para el favorito, supo calmar al Czar. Al enviar Pedro á Menschikoff á la Pomerania, le

(1) Véase la disertación de Nilo Popoff sobre Tolstoi inserta en la revista «La antigua y nueva Rusia,» 1875, núm. 3 (cuaderno de marzo).

amenazó con la pena de muerte si se portaba del mismo modo que en Polonia. Sin embargo y á pesar de todo esto, no podía pasarse sin él como hombre de negocios. Apraxin escribió una sola vez al Czar diciéndole que sin Menschikoff en todo reinaria el desorden y la anarquía. Cuando marchó Menschikoff á Curlandia por una larga temporada durante el reinado de Catalina se paralizaron todos los negocios. Igualaba al Czar en iniciativa, en incansable laboriosidad y en riqueza de ideas, y supo identificarse con los intereses y aficiones personales de Pedro. Cuando exhortaba al Czar á que no se abandonase demasiado al dolor por la irreparable pérdida de su hermana Natalia (1716), ó cuando le felicitó por el natalicio de Pedro Petrowitz, cuyos juguetes de soldados describe, ó le da cuenta de las primeras palabras que empezó á pronunciar el niño, reina el tono más cordial y entusiasta en tales manifestaciones de amistad. El trato de Pedro con Lefort fué más íntimo, pero como colaborador estuvo Menschikoff más cerca del Czar, é hizo muchísimo más que el suizo. Por lo demás, en abnegación aventajó mucho Lefort al favorito ruso.

En el año 1723 como hubiese llegado á conocimiento del Czar un caso de apropiación arbitraria de bienes ajenos por parte de Menschikoff, dijo Pedro: «Menschikoff acabará su vida como un malhechor; si no se enmienda, perderá su cabeza.» Repetidas veces tuvo que pedir perdón Menschikoff en sus cartas con la mayor humildad y no pocas hubo de interceder por él Catalina. Entre tanto castigábase el Czar con multas pecuniarias; pero las inmensas riquezas del favorito le permitían soportar sin dificultad este castigo. Era una inconsecuencia por parte de Pedro, que había mandado decapitar aun á los más elevados funcionarios del Estado, como Gagarin y Nesteroff, el que castigase á Menschikoff con tanta benignidad; pero tanto la inclinación personal como la necesidad absoluta de este hombre hábil, hicieron que el Czar, por otra parte juez tan inexorable en el castigo y vengador tan cruel y sin misericordia, diese una prueba más de que «la inconsecuencia es lo único que hace á los hombres soportables.» Así, pues, Menschikoff permaneció hasta el fin del reinado de Pedro en el colmo de su gloria y esplendor. Él hizo subir al trono á la esposa de Pedro; él gobernó mientras aquella estuvo en aquel elevado puesto. Durante el reinado del nieto de Pedro fué cuando se inició su desgracia hasta llegar á morir en el destierro.

Entre los colaboradores y compañeros de Pedro se debe contar á Catalina. Este matrimonio, como muchas otras cosas, puso de manifiesto el cambio tan trascendental que se había operado en Rusia. Al contrario de Jewdokia, que representaba el tipo de las señoras rusas del siglo XVII, Catalina demostró, á pesar de su oscuro linaje, una extraordinaria capacidad para adaptarse á las nuevas circunstancias y estar en cierto modo á la altura de la situación. Había verdadera afinidad de corazón entre Pedro y Catalina. Sus amables cualidades, sus disposiciones naturales y el acuerdo para identificarse con las empresas de Pedro, la pusieron en condiciones de ejercer cierta influencia. Como en época pasada Lefort, así en esta Catalina supo contener los arrebatos de la cólera del Czar en los momentos en que el acceso era más terrible. Efectivamente, hasta se contaba que su aproximación infundía en él su dulce carácter, calmándole y curándole cuando le acometía algún ataque nervioso ó era presa de convulsiones espasmódicas. Catalina era para el Czar una fiel compañera que compartía sus cuidados y sus penas: estuvo á su lado en los viajes hasta en los campamentos, como en la memorable campaña del Pruth el año 1711 y en la guerra con Persia.

En la serie de hechos que se sucedieron se ve una conti-

nuada gradacion, un palpable progreso. Los Czares anteriores se quedaban en casa y esperaban tranquilos en el Kremlin el resultado de las operaciones de sus generales. Alejo fué emprendedor, activo: tomó parte en la guerra de Polonia y Livonia y se hizo acompañar algunas veces de su esposa Natalia en las cacerías. Pedro estaba constantemente en camino, completamente emancipado de la inmovilidad del ceremonial oriental; le hallaron acompañado de Catalina en la época de mayor peligro de la guerra de Oriente, y ella le acompañó en el memorable viaje del año 1717.

Su vida nos recuerda los cuentos de las mil y una noches. Catalina descendía de la familia de los Skawronsky de la Lituania, la cual se había trasladado á la Livonia. Mucho de lo que se cuenta de su juventud pertenece á la leyenda. Nos consta que en la toma de Mariemburgo, acaecida el año 1702, cayó prisionera de los rusos; que Pedro poco tiempo despues la conoció en casa de Menschikoff y que allí entabló relaciones que dieron por fruto el nacimiento de sus dos hijas Ana é Isabel, que nacieron antes del año 1705. Catalina fué al principio católica, y cuando abrazó la religion griega le sirvió de padrino el czarewicz Alejo; de aquí el que se llamara despues Catalina Alexejewna. Tambien han llegado hasta nosotros algunas cartas que dirigió el Czar á Catalina en tiempos anteriores.

La llamaba «madre» (*Matka* y tambien *Muder*) y desde el año 1711 en adelante le dió generalmente el nombre de «Katerinuschka, amiga mia.» En el año 1711 hizo el Czar la declaracion formal de que Catalina era su esposa, y el 19 de febrero de 1712 se celebraron las bodas en San Petersburgo.

La correspondencia epistolar de Catalina con Pedro, de la cual se conservan muchas cartas, produce una impresion enteramente distinta de la de las cartas de la czarina Jewdokia, las cuales están llenas de frases vulgares. De la manera mas sencilla y con el mejor humor hablan confidencialmente de sucesos importantes y de asuntos ordinarios; se preparan pequeñas sorpresas y se envían mutuamente regalos; hay en ella expresiones algo atrevidas; pero nadie leerá toda la coleccion sin gozar de la contemplacion de dos caracteres verdaderamente amables, de dos naturalezas tan felizmente dispuestas. El buen humor y el colmo de la alegría predominan en estas cartas (1). Los Czares anteriores fueron en cierto sentido dioses, Damai-Lamas; Pedro era hombre de mundo dispuesto á toda clase de diversiones y pasatiempos: su laboriosidad, su talento para dirigir, su energía, su formalidad y el sentimiento del deber con que se dedicaba á la solucion de los problemas que le presentaban su propia posicion y las circunstancias de la época, exigian esta antítesis en lo alegre y en lo cómico. A su disposicion para gozar, á su alegre temperamento, á su sencillo modo de vivir correspondian iguales cualidades por parte de Catalina.

Sin dar detalles habló despues Pedro de los grandes merecimientos de Catalina con ocasion de la crisis del Pruth. Las anécdotas que sobre este episodio se encuentran en Voltaire y otros escritos no tienen valor alguno. Hay que admitir que la Czarina estaba iniciada en las intenciones de Pedro relativas á empresas políticas. Él la anunciaba con regularidad las victorias alcanzadas, y ella añadía en algunas ocasiones al felicitarle breves observaciones sobre la situacion política.

Sobre la actitud de Catalina en el proceso del czarewicz Alejo, solo poseemos someros indicios que no prueban en lo mas mínimo que ayudase á la caída de Alejo. No obstante

(1) Véase la publicacion de estas cartas en la obra «Cartas de los soberanos rusos y de otras personas de la familia imperial, dadas á luz por la comision de la imprenta de los archivos del Estado, etc.» Moscú 1861, tomo I.

su hijo Pedro era el presunto heredero del Czar, á causa de la catástrofe de su hermano de padre. Entre tanto el niño murió, y la cuestion de sucesion al trono quedó en pié.

El 5 de febrero de 1722 dió Pedro la ley de sucesion al trono, en virtud de la cual el soberano reinante podia nombrar sucesor. Pudo parecer que esta ley iba contra el hijo del czarewicz Alejo. El Czar creyó necesario aclarar y en cierto sentido justificar esta disposicion por medio de un escrito redactado por Feofan Prokopowicz. No sabemos si Pedro pensaba hacer heredera del trono á su esposa. Poco tiempo despues, al tomar el Czar el titulo de emperador, recibió ella el de emperatriz; y en el año 1723 surgió la idea de hacer coronar solemnemente á Catalina. En la proclama sobre este proyecto, fechada el 15 de noviembre, recuerda el Czar la participacion que Catalina había tomado en varias campañas y particularmente en la del Pruth, en la cual se hallaba él en una desesperada situacion, y ella procedió, no como una débil mujer, sino con entereza varonil, y esto fué bien conocido del ejército entero y por su medio de todo el imperio. El 7 de mayo de 1724 se verificó la coronacion. Se dijo entre los contemporáneos, que Pedro había manifestado en un círculo privado la noche anterior á la ceremonia que la coronacion tenia por objeto conferir á Catalina el derecho á reinar, y que ella merecía ser la soberana despues de su muerte; pero todo esto lleva el sello de la leyenda, de la cual, sin embargo, se valieron los partidarios de la emperatriz para colocarla en el trono (2).

Quizá creía Pedro que le quedaba aun mucho tiempo para resolver la cuestion de sucesion á la corona; ¿quién podia esperar al verificarse la coronacion de Catalina que pocos meses despues había de dejar de existir el Czar? Pero muchos creían que Pedro pensaba dejar el trono á su esposa. Hubo muestras de desagrado, y en muchas partes se negaron á prestar el juramento exigido con motivo de la promulgacion de la ley de sucesion al trono. La coronacion de Catalina era de todos modos una innovacion inaudita, aun en el supuesto de que no fuese designada para sucesora de Pedro. Un solo precedente de este género registraba la historia de Rusia, á saber, el de la coronacion de Maria Mnischek antes de su matrimonio con Demetrio.

En los círculos extranjeros corrió la voz de un altercado ocurrido entre Pedro y Catalina pocos meses antes de la muerte del primero. Que la causa de esto fuesen los celos y que la ejecucion del jefe de la cancillería de la emperatriz, Mons, tuviese íntima relacion con este asunto, es una hipótesis destituida de fundamento. Sea de esto lo que quiera, la tirantez de relaciones fué pasajera, momentánea (3).

Que aquellos que habían tenido mas intimidad con el Czar por espacio de muchos años, Catalina y Menschikoff, á quienes él designaba con el nombre de sus «hijos del corazón,» tomasen las riendas del gobierno despues de su muerte, aun cuando nada se había dispuesto formalmente por derecho público, no fué sin embargo casual, aunque sí ventajoso para las reformas del Czar.

Era tan grande la fuerza cooperadora que había concentrado en torno suyo para la obra de las reformas durante su reinado, que aun cuando cerró los ojos, digámoslo así, prematuramente, hubo cierta continuidad de gobierno y administracion en el sentido de Pedro. El pavoroso instante de

(2) Bassewitz, citado por Büsching, IX, 366. Feofan refirió esta historia de la declaracion de Pedro, como sucedida en casa de un comerciante inglés.

(3) No cabe duda que Mons se hizo culpable de deslealtad y corrupcion; véase Ssolowiewf, XVIII, 245. Kostomaroff (La antigua y nueva Rusia, 1877, I, 149) demuestra la inverosimilitud de que Catalina fuese culpable de infidelidad.

la muerte de Pedro pasó felizmente y el corto tiempo del reinado de Catalina y Menschikoff bastó para quebrantar la creencia fuertemente extendida de que el Estado creado por el genio del Czar se hundiría en un momento. Aun despues de la muerte de Catalina y del destierro de Menschikoff se encontraron hombres que gobernaron y administraron en el mismo sentido y espíritu; pues era una necesidad histórica que Rusia continuase moviéndose en la direccion que Pedro le había señalado.

CAPITULO II

CARÁCTER DE PEDRO

Todo el órden existente quedó destrozado, mucho de lo antiguo pereció y comenzó la emancipacion: advenedizos encumbrados de la nada, como Menschikoff y Catalina, gobernaban despues de Pedro: Rusia era otro advenedizo al lado de los demás Estados europeos ennoblecidos por su ilustre cuna y por su largo desenvolvimiento histórico; el mismo Czar era un advenedizo.

No podia menos de suceder que como tal, reuniese en sí las mayores contradicciones: lo distinguido con lo vulgar, lo ideal con lo ordinario, lo sublime con lo grosero. Los Czares habían sido semi-dioses, Pedro se había ido elevando desde guardia marina hasta la dignidad de almirante. ¿Podía, por lo tanto, causar sorpresa que el «emperador» Pedro en su buen humor suscitara el recuerdo de la tosquedad de un marinero que se divierte un domingo en tierra firme, que diera rienda suelta á sus pasiones, é hiciera toda clase de gestos grotescos? Si era cien veces mas activo que los demás, nada tenia de particular que sus descansos, sus alegrías en los dias festivos y el recreo que se permitía, fuesen mas estrepitosos que lo acostumbrado y que traspasara los límites de la moderacion permitiéndose algunas extravagancias. Los Czares anteriores empleaban su tiempo en orar y ayunar, examinaban las labores de los joyeros de la corte, se hacían contar historias de pasatiempo por sus bufones y vegetaban en indolente quietud y aislamiento, en el silencio del palacio. Muy diferente era Pedro, el cual acostumbrado á levantarse á las cuatro, iba inmediatamente á ocuparse en los negocios del Estado. A las seis se presentaba en el Almirantazgo y en el Senado y trabajaba todo el dia con muy breves intermedios de descanso (1). Los momentos de ocio, cuando podían interrumpirse los negocios del Estado, los empleaba regularmente en tornear, examinar y probar instrumentos matemáticos y aparatos técnicos en las fábricas y talleres. Gozaba en el trabajo; estaba penetrado de la verdad de las palabras de Shakspeare: «The soul's joy lies in doing.» (La alegría del alma estriba en el trabajo.) Sabía apreciar el valor del tiempo y repetía con frecuencia en sus cartas, que no se debía contestar con el «en seguida» (seichás) ruso ó moscovita, esto es, aplazándolo todo indefinidamente. Nada tenia de extraño que estuviese constantemente descontento de los trabajos de los demás; que él mismo echase en cara á sus mas hábiles colaboradores su falta de actividad, y que los extranjeros residentes en Rusia, como Pleyer, Perry y otros hiciesen la observacion de que todos los trabajos se paralizaban tan pronto como él se ausentaba y no ponía manos á la obra.

No había en Pedro rastro alguno de la vida espléndida, ni de los goces propiamente dichos. Muchas veces dormía en el suelo, y se contentaba con una mesa muy frugal; vestía con

(1) Véase la narracion de un contemporáneo sobre el método de vida de Pedro en Stählin, Anécdotas, ob. cit., II, núm. 113.

sencillez; salía en un coche de dos ruedas, y en momentos solemnes tomaba prestado uno de lujo de alguno de sus dignatarios. Que se contentase con la modesta suma que acostumbraba á recibir mensualmente por su sueldo de oficial, é hiciese notar á continuacion que ya podía con ello mandar componer su calzado, todo esto es una prueba de su carencia de necesidades, que tanto podía referirse á su educacion espartana como á mezquindad.

Nunca llamó la atencion por su munificencia; y que los cortesanos se quejaron no pocas veces de lo contrario, quizá redundaba en honra suya la mayor parte de los casos. Despreciaba la pompa de los príncipes: no tenía nada de su rigida grandeza: le gustaba lo sencillo é infantil y hasta lo vulgar.

Este último rasgo llamaba la atencion tanto mas, cuanto que solía dar cierta publicidad á sus diversiones. Nadie negará que las fiestas nupciales, cuyo programa solía hacer él mismo, como, por ejemplo, las fiestas nupciales de Turgenyeff, del año 1695, las de otro bufon de la corte del 1704, las del pontífice de las orgías, Sotoff, del año 1715, se distinguieron por una increíble brutalidad en el modo de divertirse. La medida y la clase en lo cómico varía con los tiempos: en aquella época había enanos, graciosos de corte y bufones, no solo en Rusia, sino tambien en otras partes. No faltaban las necedades y pasatiempos de subido color; así en la corte de Francia en tiempo de Enrique III, en la de Inglaterra bajo el reinado de Jacobo I, en la de Sajonia en la época de Augusto el Fuerte, y hasta en la sociedad de fumadores de Federico Guillermo I, abundaban el humor grotesco y los gestos ridículos. Cuanto mas resueltamente dejó Pedro á un lado la antigua etiqueta asiática de la corte dominante en el Kremlin, sin haberse acostumbrado á las finas maneras que reinaban, por ejemplo, en la corte de Luis XIV, tanto mas pudo entregarse á diversiones chocarreras y á bufonadas, no teniendo límite alguno que contuviera su voluntad despótica y su libre fantasía. Causaba la mas desagradable impresion el remedo de los usos y costumbres religiosas, al paso que las bromas con el «czar» Romodanowsky eran menos rápidas. La celebracion de la «Sslawleme» que solía ir en todas direcciones, con grande acompañamiento de trajes ridículos, en los dias que median entre Noche-Buena y Reyes, admitir regalos y entonar canciones en todas partes, era la diversion mas frecuente y que con mas publicidad se verificaba. De una naturaleza que excede á nuestro modo de pensar son los referidos detalles de la parodia de un Estado jerárquico que descollaban en el pontífice de las orgías y en el cual el mismo Czar se reservaba un modesto papel religioso. Los reglamentos escritos de puño y letra del Czar y publicados por Ssemensky sobre la manera cómo se había de proceder á la eleccion y coronacion del patriarca de las orgías, dan una prueba de cierta profundidad y de cierto sentido enigmático en aquellas evoluciones grotescas (2), sin que nosotros podamos admitir incondicionalmente la opinion de aquellos que han querido vislumbrar en aquellos disfraces excesivamente toscos y groseros, procesiones, fiestas y orgías un sentido profundo y alegórico; tal vez el intento de ridiculizar á la Iglesia romana. Quizá el gusto á lo cómico y á lo grotesco, como á toda clase de mímicas y gesticulaciones ridículas, baste para explicar estos excesos, que en todo caso tenían cierta significacion. El que no solo los bufones, sino tambien algunos dignatarios, como Sotoff (3), Buturlin y otros, tuviesen que

(2) Véase Ssemensky «Las bufonadas y diversiones de Pedro el Grande» en la revista «Russkaja Starina,» tomo V. Para mas detalles, véanse algunos contemporáneos como Strahlenberg, Weber y Vockerodt.

(3) Sotoff no era dignatario. Había sido maestro de escritura de Pedro; pero tenía la desgracia de ser enano, feísimo y ridículo, y fué por eso el bufon favorito del Czar que le hacía vestir de patriarca y asistir á